

Mabel Marín

EL DOLOR DE LA CARNE

Una carnicería.

Enrique y Chen.

Chen: Qué silencio...

Enrique: ...sí, silencio...

Chen: Usted se está poniendo cada vez más blanco.

Enrique: No soy yo. Es este lugar que cada vez está más negro.

Chen: Y sucio.

Silencio.

Enrique: Mañana no voy a poder venir.

Chen: ¿Cómo?

Enrique: Es que Carlillos me preguntó si le podía ayudar con unas varas ahí en la finca.

Chen: ¿Varas de qué?

Enrique: Ahí, cosillas. Ocupa alguien que le ayude.

Chen: ¿Y por qué usted?

Enrique: Di, no sé.

Chen: ¡Sshhss! En plenas fiestas. Mañana sí la voy a ver bonito yo solo. ¿Por qué no le dice que mejor va el lunes?

Enrique: No, está bien, nada más le digo que no puedo ir y no voy.

Chen: No, papito, no es eso. Es sólo que tenemos mucho que hacer y siento que no nos va a dar tiempo. Mañana es el bingo, fijo van a querer carne. Pero no importa, vaya, nada más que hoy entonces seguro tenemos que ponerle hasta más tarde. Luego vamos a poder descansar.

Enrique: Sí, Chen, yo me quedo hasta tarde para dejar todo listo. Y disculpe.

Chen: Ya, no importa.

Silencio.

Chen: Yo también me estoy poniendo muy blanco, mas que blanco muy pálido.

Enrique: Tal vez deberíamos asolearnos un poco.

Chen: ¿Con cuál sol? Aquí nunca sale el sol.

Enrique: Se oculta todas las tardes.

Chen: Ya ni recuerdo cómo era el sol.

Enrique: Me siento cansado.

Chen: Todos nos cansamos.

Enrique: Podría ser por no dormir, pero no... Es un cansancio desde más adentro...

Chen: Traiga el lomo que está en la cámara de atrás. Tenga cuidado donde lo pone, que no se llene de ceniza.

Enrique: ¿El qué?

Chen: El lomo.

Silencio.

Enrique: Mejor vaya usted. Es que a mí a veces se me confunde.

Chen: ¿Cómo que se le confunde? Es un lomo. Vaya, tráigamelo.

Silencio.

Enrique: No.

Chen: Enrique.

Enrique: No quiero equivocarme y tener que ir otra vez. Vaya usted y así nos ahorramos un viaje.

Chen: ¿Qué le pasa? Vaya.

Enrique: No. Cuando necesito algo voy y lo traigo yo mismo, no le pido a nadie que me haga el trabajo.

Chen: No me falte el respeto. Yo le puedo pedir lo que quiera y usted me tiene que hacer caso. Así que déjese de mates raros y vaya de una buena vez.

Enrique: No recuerdo cómo es el lomo, hace tiempo que no toco esa carne y de seguro no la voy a reconocer.

Chen: Con mayor razón, echando a perder se aprende. Le aseguro que unas tres veces que vaya y venga con la carne equivocada le van a servir para que nunca más se le olvide cómo es el lomo.

Enrique va y vuelve.

Chen: ¡Ve qué fácil era! Y pa' qué se pone a inventar que no recuerda cómo es si lo trajo de una. Hay que alistar unos cuatro kilos picados. Mañana seguro viene a recogerlo la cocinerita ésa que le gusta a usted. ¿Ve?, por irse a tontear con Carlillos no va a poder verla.

Silencio.

Chen: ¿Y cómo es eso de que no duerme? ¿Ah?

Silencio.

Chen: Enrique, le estoy hablando.

Enrique: No sabía cuál era, lo reconocí cuando lo vi.

Chen: Da lo mismo.

Largo silencio.

Enrique: Estaba pensando que ahí en la casa tengo un cuadro muy bonito que podría verse bien aquí.

Chen: ¿Y de qué es?

Enrique: Del mar, con arena y una chocita, y aunque no se ve, da la impresión de que más allá viene un grupo de gaviotas.

Chen: No sé si se verá bien aquí.

Enrique: A los clientes les va a gustar, se van a sentir en un lugar agradable.

Chen: Tráigalo y ahí vemos donde lo ponemos.

Enrique: Yo creo que el único lugar posible es donde está ese espejo.

Chen: ¿Y qué? ¿Quitar el espejo?

Enrique: Sí, pasarlo de lugar para poner ahí el cuadro.

Chen: ¿Y por qué no lo ponemos en un lugar más simple; uno que no esté ocupado ya?

Enrique: Porque la idea es que quede bien ubicado. Además, ahí también lo podremos ver nosotros.

Chen: Da lo mismo.

Enrique: No da lo mismo, el mar frente a nuestros ojos va a alivianarnos el trabajo. Nos va a dar paz. Por eso las vacas son tan tranquilas, porque viven en medio del campo, que es como un mar, pero verde.

Chen: Bueno, cuando traiga el cuadro vemos si quitamos el espejo o no.

Enrique: Yo puedo ir ahora en la tarde a traerlo.

Chen: ¡Sshhss!

Silencio.

Enrique: Si quiere, para ir avanzando, puedo quitar el espejo de una vez, y así en la tarde sólo tenemos que poner el cuadro.

Chen: No. Ya le dije que cuando traiga el cuadro vemos si lo quitamos o no. Concéntrese, no sea que por estar en ese bla bla bla se corte un dedo. No creo que al padrecito le haga gracia comer carne asada con sabor a carnicero. ¡Ja!

Silencio.

Enrique: ¿Ya vio lo que trajo Don Eladio?

Chen: No. ¿Qué?

Enrique: Unos terneros. Y los tiene viviendo frente a la casa.

Chen: ¿Y qué?

Silencio.

Enrique: ¿Hay que hacer más de este lomo o con esto está bien?

Chen: Así está bueno. Lo que ocupo es molida. Vaya limpiando la máquina.

Enrique: Pero... ya es hora de almuerzo.

Chen: Mirá, no me había dado cuenta. Estoy perdiendo la noción del tiempo.

Enrique: ...sí, qué raro...

Chen: Bueno, ¿qué se le antoja comer hoy? ¿Bistec o chuleta?

Enrique: Ninguna de las dos.

Chen: ¡Diay! ¿Qué quiere? ¿Algo más fino? Puede ser...

Enrique: Nada.

Chen: ¿Cómo nada?

Enrique: No voy a comer.

Chen: ¿Por qué?

Enrique: No me siento muy bien.

Chen: ¡Diay! ¡Entonces para qué pide hora de almuerzo!

Enrique: Para usted. Y para descansar un poco la cabeza.

Chen: Para mí... para mí... la cabeza... ¡Quién descansa la cabeza!

Silencio.

Enrique: ¿Pero usted no va a comer?

Chen: No, ya me dio chicha y así no puedo comer. Pero tranquilo, descanse usted, yo sigo trabajando solo.

Enrique va a la puerta.

Chen trata de recordar y cantar una canción.

Chen:

Cuando se va la tarde,
cuando se oculta el sol,
mueren las esperanzas
de un día que pasó.

El hombre dio su fruto
a costa de su sudor,
pero la explotación
del hombre por el hombre
se lo arrebató.

Misérias y egoísmos
que encadenan al hombre,
¿Por qué lo aprisionás?
¿Por qué no lo liberás?

No hay futuro cierto
mientras no exista amor,
mientras sea el dinero
nuestro gobernador.

La noche será larga,
habrá pena y dolor.
Realidad del pobre hombre
que la vida reparó.

Pero siempre habrá un mañana,
habrá un nuevo amanecer,
en un nuevo despertar,
el hombre renacerá.

Vuelven las esperanzas,
pero hay que saber luchar
para poder derrocar
el imperio de la maldad.

Muera la explotación,
el dinero y la injusticia,
para que sea el hombre
el dueño de su libertad;
para que sea el hombre
el dueño de su libertad...

Enrique lo mira.

Enrique: Chen.

Chen: ¿Qué?

Enrique: Anoche tuve un sueño muy raro.

Chen: Entonces sí duermes.

Enrique: Soñé que estaba metido en un camión, en un cajón de madera, pero podía ver hacia fuera. Estaba muy apretado, incómodo, y veía como las montañas se alejaban, se perdían muy lejos. Y mis ojos empezaron a llenarse de lágrimas, mi nariz goteaba, pero no podía limpiarme, prácticamente no podía moverme; sentía que me caía y me costaba mantener el equilibrio. Me sentía profundamente triste, pero con una tristeza que jamás había sentido. Es raro sentir en un sueño algo que no se conoce, es como si se hubiera vivido en otra vida -o talvez simplemente es la imaginación o las películas que veo los domingos. Sentía que me iba a morir, la vista se me nublabá y olía a mierda, me estaba cagando, mis pies y mis manos estaban llenas de mierda, pero me parecía normal. Sólo que sabía que iba a morir. El golpe constante del corazón cada vez más rápido, la adrenalina regada por todo el cajón, el frío incontrolable... Sentía a otros a mi lado, pero se perdían entre la mierda y el miedo. Entonces aparecía usted. Venía a sacarme del camión, pero no me reconocía y además no parecía

que viniera a ayudarme, traía... en la mano... algo que no recuerdo bien qué era...

Chen: Tras de que no duerme, cuando lo hace parece que no descansa. Eso no es un sueño, papito, es una pesadilla.

Enrique: ¡Era un sueño! ...o más bien creo que no era yo... o sea, era yo adentro de alguien más...

Chen: ¡Vea ese hijueputa ratón donde viene! Déle con la escoba.

Enrique: ¿Qué se hizo?

Chen: ¡Ahí! Trate de darle.

Enrique aplasta el ratón.

Chen: Está duro de matar, como la película. ¡Ja!

Enrique: Sí. Pobrecito, él pensaba que había queso.

Chen: Y sí hay.

Enrique: Es cierto. ¡Ja! Bandido, buen olfato tenía, pero no le duró mucho. Lo siento, pero este no es lugar para un ratón. ¿Qué quiere, que se nos enferme la clientela? Usted ni se baña, así no se puede...

Chen: Ya, deje el circo y tírelo en la calle o en la basura. No, mejor en la calle, a que baile con la cimarrona.

Enrique bota el ratón.

Chen: En otros países ese ratón sería un almuerzo. ¡Ja!

Enrique: Tenía los huesitos muy frágiles, casi ni lo toqué y ya no pudo moverse más.

Chen: Tal vez deberíamos incluir una nueva carne a la venta. ¡Ja! Clientes hay pa' todo. ¡Uy, vea, vea! Ya salieron los payasos, con razón empezó a sonar la cimarrona.

Enrique: No me había dado cuenta.

Chen: ¡Qué vacilones son esos carajillos! Vea, vea.

Enrique: Sí. Esperan todo el día esta hora.

Chen: ¿Quién anda la gigante?

Enrique: ¡Qué música más alegre! Parece como si todo lo feo desapareciera y sólo hubiera felicidad.

Chen: Qué raro usted y sus deducciones filosóficas.

Enrique: Es cierto, esa música alegre a cualquier muerto; menos a mí.

Chen: Ya, suficiente distracción. Pongámosle otra vez, hay que terminar esto.

Enrique: Déjeme escuchar un rato más.

Chen: Pero Enrique, desde aquí se oye igual. Venga. Haga unos bistec.

Enrique vuelve.

Silencio.

Enrique: ¿Usted alguna vez ha ido a un matadero?

Chen: ¿A qué viene eso?

Enrique: Sólo pregunto, de repente se me ocurrió.

Chen: No, nunca he ido.

Enrique: Dicen que el ojo de la vaca es el más parecido al del ser humano. ¿Cómo será mirar desde adentro de una vaca? O sea, tener ojos de vaca.

Chen ignora el comentario.

Chen: ¡Adiós, Doña Gerardina! ¡Que le vaya bien! ¡Pase ahora en la tarde!

Enrique: Qué raro. Como que no le oyó.

Chen: Sí me oyó, me saludó con la cabeza.

Enrique: Yo no la vi hacer eso.

Chen: Déme, yo sigo con esto. Vaya, corte esa costilla.

Enrique: Pero yo puedo terminar esto.

Chen: Le estoy diciendo que vaya a hacer lo otro. No empecemos otra vez.

Enrique queda inmóvil.

Chen: ¿Qué está esperando?

Enrique: No puedo.

Chen: ¿Qué?

Enrique: No puedo... chillan... muy feo.

Silencio.

Chen: ¿Sabe qué, Enrique? No haga nada. Tómese el resto del día libre, si quiere siéntese a escuchar la cimarona o descanse o duerma. Vea a ver qué hace, usted no está bien.

Enrique: Pero Chen...

Chen: ¡Desaparezca de mi vista!

Enrique va y toma la costilla.

Chen se la arrebatata.

Chen: ¿No entiende? Me tiene hartado con su quejadera, con esa pereza para trabajar, con sus historias estúpidas, con esa actitud de alma en pena. Parece un loquito con esas cosas raras metidas en la cabeza y me va a volver loco a mí también. No lo soporto más. La vida y la muerte se toman como vienen, hay cosas que usted debería haber asimilado hace ya bastante tiempo y más bien parece que va retrocediendo.

Enrique: Yo también quiero paz, Chen.

Chen: ¡No me hable de paz! Usted no sabe nada de paz, no sabe nada de la vida, no sabe lo que es empezar desde abajo, ni siquiera quiere empezar.

Enrique: Ya, cálmese, Chen. Déme la costilla. Yo puedo hacerlo, sé que puedo.

Chen: Haga lo que le dé la gana. Pero, por favor, no me hable más. Por lo menos no por hoy.

Enrique: Yo no estoy loco.

Chen: ¿Por qué no se calla de una vez y me deja en paz?

Enrique corta la costilla. Empieza a llorar.

Chen: ¿Y ahora qué le pasa?

Enrique: Es el vacío, Chen, el vacío que no puedo llenar, día a día trato, pero no lo logro. El silencio. Me tapo lo oídos, cierro los ojos, pero no lo logro. Miro el camino, miro mis manos y no puedo. Paso horas parado en el marco de la puerta. Recordando cuando era niño, como fui creciendo y como las cosas a veces simplemente van pasando y uno no se va acostumbrando a todo... Y como poco a poco empecé a perder la tranquilidad. ¿Por qué no puedo volver a ser un niño?

Chen: A veces hay que madurar y a usted ya le tocó.

Enrique: No quiero crecer.

Chen: No se trata de querer.

Enrique: Les puse nombres.

Chen: ¿Qué?

Enrique: El más grande es Pancho y el otro es Jaimito.

Chen: ¿De quiénes me está hablando?

Enrique: De los terneros... los de Don Eladio.

Silencio.

Enrique: Creo que me quieren. Me gustaría que ellos tampoco crecieran. A veces me gustaría no tener que dormir nunca.

Chen: ¿Sabe qué me gustaría a mí? Irme a tomar unas birras con usted. En serio. No sabe cuanto daría porque pudiéramos ir a tomarnos unas birras. Imaginemos que vamos a ir ahora, en la tarde, y ahí me va a contar qué es lo que le pasa. Pero ahora trabajemos.

Enrique: Claro, trabajemos.

Silencio.

Chen: Me encantaría ir al bar de Gutiérrez. Ahí es tan tranquilo para hablar. Y aunque estamos en fiestas casi no llega gente, sólo ese par de huevones que...

Enrique: Chen, yo no voy a ir con usted.

Chen: ¿Por qué?

Enrique: Porque es evidente que a usted no le interesa lo que me pasa. Trabajemos.

Chen: Vea, papito, yo no puedo tirar los cuchillos y sentarme como un loquero a escucharlo sólo porque se puso a llorar. Yo también a veces pienso cosas raras, no soy de palo, a veces también uno puede... uno puede... estar triste. Me hace falta Marta. Pero no por eso me entrego a la nada, a vagar y a mariquear. No. Me amarro los pantalones como el hombre que uno es y se trabaja callado. Así me enseñó mi papá.

Silencio.

Chen: Mi tata... ese sí que era un hombre. Era como un tronco... nunca... era... mi héroe. Lo sigue siendo. Recuerdo una vez que...

Enrique: Trabajemos. Callados.

Chen: ¡Qué falta de respeto! Ta' bien, trabajemos callados. Pero en el momento en que usted abra el hocico para decir la más mínima tontera, me va a oír.

Largo silencio.

Enrique: Hace frío.

Chen ignora el comentario.

Enrique: El viento está tranquilo, no debería hacer frío.

Chen: Es la época.

Enrique: Sí... en esta época...

Chen: Piense muy bien antes de hablar.

Enrique: Sólo... está bien.

Otro largo silencio.

Enrique habla muy bajito para sí mismo.

Enrique: Ya, ya, ya, ya; no oigo, no oigo. ¡Scht! ¡Scht! Se va... ya, ya, ya. ¿Por qué? No. Ya, ya... perdón... sal...sal...

Chen: ¿Qué está diciendo?

Enrique: ¿Ah?

Chen: Ese cuchicheo que se tiene.

Enrique: Nada... Estaba repasando un poema.

Chen: Ah, qué bueno. ¿Y cuál es? Dígamelo.

Enrique: Ahora no tengo ganas. Más bien, ¿podría darme un descansito?

Chen: Sí, claro. Pero ahorita sigue.

Enrique: Gracias.

Enrique vuelve a ir a la puerta.

Enrique: Necesitaba aire.

Chen: Está linda la tarde.

Enrique: Pero fea a la vez. Cuando uno no puede disfrutarla se vuelve fea. Recuerdo un señor que pasaba por mi casa vendiendo cosas raras, para él todas las tardes y todas las mañanas eran feas porque tenía que caminar bajo el sol con sus cosas en la espalda y no tenía derecho a descansar porque si no podía no tener para comer. Un día pasó por mi casa, estaba todo sudado y quemado por el sol, yo era un chiquillo apenas y no tenía plata para comprarle nada, y aunque me daba asco su aspecto se me ocurrió ofrecerle un vaso de fres-

co. Al pobre hombre se le iluminó la cara, se tomó tres vasos de sirope. Hablamos un rato, me di cuenta de que no le gustaba el día, me dijo que sólo le gustaba la noche porque ahí podía dormir y estaba tan cansado que ni siquiera soñaba. Yo quisiera tanto dormir así, sin soñar; sólo cerrar los ojos y luego abrirlos. La tarde no es fea ni bonita, es como nos sentimos.

Chen: No. La tarde está bonita. Allá usted que está como cegado y no la ve. Todas esas personas que ríen lo hacen porque no están ciegos como usted y saben disfrutar las tardes de fiesta.

Enrique: ¿Cuál gente?

Chen: Esa.

Silencio.

Enrique: Sabe, Chen, siempre quise aprender a tocar guitarra. Una tarde como esta podría ser bonita si tuviéramos una guitarra que nos acompañara.

Chen: Yo sólo tengo manos para la carne y para los cuchillos. Esa es la vida que me dejó mi tata.

Enrique: Es bueno tener manos para otras cosas también.

Chen: Yo no tengo.

Enrique: Sería bueno tener las manos siempre limpias, sin olor a...

Chen: Las manos limpias son manos de maricón. Las manos sucias, como las nuestras, son manos de hombre trabajador. Los callos, las manchas, el olor que no se

quita, son signo de humildad. Sólo los maricones o los ricos tienen las manos limpias.

Enrique: Sí, pero no puede negar que sería bueno tenerlas limpias.

Chen: Se pierde más de lo que se gana.

Enrique: Hablo de ser un hombre breteador, pero de manos limpias.

Chen: Para eso hay que estudiar. Y a usted ya se le pasó la hora. Aunque quisiera ya no puede.

Enrique: No necesito estudiar para tener las manos limpias.

Chen: ¿Y cómo lo va a hacer? ¿Se va a hacer hippie? ¡Ja!

Enrique: Ay, Chen, con usted no se puede hablar. Cada vez que trato es lo mismo. Tal vez simplemente debería...

Chen: ¿Qué?

Enrique: Nada. Sólo sepa que me esfuerzo mucho para trabajar... realmente mucho. Y me desgasto cada día más y cada vez con mayor facilidad.

Chen: Qué absurda que es la vida, parece que el viejo fuera usted.

Enrique: Sí, la vida es absurda. Pero es absurda porque no logramos ver con claridad, porque no entendemos cosas, señales que se nos muestran.

Chen: ¿De qué está hablando?

Enrique: Es absurda porque somos como troncos secos que no se atreven a hablar, porque sentimos miedo de hacer lo que queremos hacer y preferimos sufrir antes que arriesgarnos a chocar con lo inalcanzable.

Chen: ¿Lo inalcanzable?

Enrique: Estoy hablando del miedo, Chen, del miedo que escupo, que vomito todos los días. Estoy lleno de mierda, estoy harto de no poder dormir y todo por el maldito miedo.

Chen: Su miedo no es realmente miedo.

Enrique: Usted no sabe lo que es el miedo, el tormento. Usted parece que no sintiera, que no le pasara nada, que nada le afectara. ¿Alguna vez ha sentido dolor en su vida o siempre todo le ha dado igual?

Chen: No se meta conmigo, Enrique, hace un rato se lo advertí y parece que ya se le soltó el tornillo otra vez.

Enrique: No es ningún tornillo, usted sabe de qué le estoy hablando.

Chen: Usted se complica más de la cuenta. ¡Venir a hablarme de dolor a mí! A mí... Se pasa preguntando cosas que no debería. ¿Para qué? ¿Para qué, Enrique? ¿Qué le cuesta asumirlo? Y trabajar para ver si logramos salir de esto.

Enrique: ¿No entiende lo que estoy tratando de decirle?

Chen: Hace tiempo que ya no le entiendo nada.

Enrique: No voy a trabajar más aquí. No quiero.

Chen: Enrique...

Silencio.

Chen: Todo sería tan diferente si usted entendiera lo que tenemos que hacer y no insistiera en seguir viviendo...

Enrique: No. Todo sería diferente si usted alguna vez me escuchara. Ayer necesitaba que me escuchara y no lo hizo y hoy tampoco, nunca lo hace. No quiero trabajar más aquí. ¿Me oyó?

Silencio.

Enrique: Chen...

Chen: Sí, le oí.

Enrique: Me voy.

Chen: Enrique, usted sabe que no puede.

Enrique: Sí puedo.

Enrique permanece de pie en la puerta.

Chen lo mira.

Enrique: ¿Por qué nadie viene a comprar carne?

Chen: Usted sabe.

Enrique: ¿Por qué?

Silencio.

Chen: Todos vienen después de misa.

Enrique: Sí puedo. Pero... va a venir mucha gente, usted se va volver loco solo.

Chen: Usted sabe que no puede.

Enrique: Sí puedo.

Chen: Por eso está como está, porque no acepta las cosas como son. Y las cosas son así porque usted lo quiso.

Enrique: Déjeme en paz.

Chen: Fue su decisión.

Enrique: ¡Déjeme en paz!

Chen: ¡Usted es el que no me deja en paz a mí!

Enrique: ¿Yo? ¿Por tratar de entender?

Chen: Si fuera entender, papito, pero es aceptar y dejar de estar atormentándose solo.

Enrique: Eso es lo que usted no entiende, yo no me atormento...

Chen: ¡Sí! Saca el tema constantemente, como para echarme en cara lo mal que se siente, como si fuera mi culpa. La única culpa con la que cargo fue mi estupidez de entrar para tratar de ayudarlo. Enrique, entienda, estamos los dos metidos en la misma mierda. Pero yo asumí mi decisión mientras que usted pasa torturándose.

Enrique: No entiendo de qué me está hablando.

Chen: ¡Usted nunca!

Silencio.

Chen: No soporto este olor a carbón. Esto cada vez está más oscuro.

Enrique: Me voy.

Chen: Dale con lo mismo. Váyase, a ver si puede, ¡pero váyase de una puta vez! Déjeme solo, así voy a estar mejor. Yo trato de sobrellevar las horas, de conversar cosas bonitas, de inventarnos historias, de ver a la gente y saludarla de largo, aunque nadie nos salude... pero me gusta mirarlos. Hay que crearse fantasías para no volverse loco y talvez así un día logremos tener paz. Pero las lágrimas no sirven de mucho, son buenas para desahogarse, pero cansan demasiado. Y si se pierde la fuerza en lágrimas no queda fuerza para cortar la carne.

Enrique: Chen...

Chen: No, Enrique, no me diga nada. Yo estaría mejor solo y ni siquiera estaría aquí de no ser por... por mi estupidez.

Enrique: ¿Cómo no va estar aquí? Es su carnicería.

Chen: Era.

Enrique: Es.

Chen: Ahora soy yo el que está cansado. Ya, no hablemos más.

Enrique vuelve detrás del mostrador.

Silencio.

Enrique: ¿Será cierto que los duendes existen?

Chen: No sé.

Enrique: Don Eladio dice que en el potrero detrás de la plaza hay y que salen cuando está oscureciendo, por eso apenas se pueden medio ver. Sólo las vacas los conocen bien, son amigos. Pero a mí me da la impresión de que son malos, se meten entre las patas de las vacas para hacer quién sabe qué. Y ellas, todas confiadas, los dejan. Son traviosos, pero malévolos. ¿No ha escuchado las historias de los niños que se pierden? Es porque se los llevan los duendes, salen por debajo de las matas de café y los engañan, primero juegan con ellos y después poco a poco los van perdiendo, casi sin que se den cuenta. ¿Y si se llevan una vaca? Chen, ¿se podrán llevar una vaca? Chen...

Chen: ¡No me importa lo que hagan unos hijueputas duendes imaginarios!

Enrique: ¿Qué le pasa?

Chen: ¡Como si fuera a mí al que le pasan cosas! Enrique, de verdad, no estoy para esto.

Enrique: Estoy tratando de trabajar en paz.

Chen: ¡Sí, claro! Después de que alborota el panal quiere miel. Y me sale con puras estupideces.

Enrique: Aquí el de las estupideces es usted, ya me lo ha dicho varias veces.

Chen: Sólo para que me entienda.

Enrique: Pues no le funciona.

Chen: Porque se hace el tonto, el que no recuerda, el que no sabe donde estamos.

Enrique: No sé qué debo recordar.

Chen: Abra los ojos, mire su alrededor. ¿No recuerda?

Enrique: ¿Qué debería recordar?

Chen: No tiene que recordar, más bien tiene que olvidar.

Enrique: ¿Qué?

Muy largo silencio.

Chen: Yo tampoco duermo bien. Todas las noches sueño lo mismo. Me despierto exaltado y ni siquiera tengo a Marta a mi lado para que me abrace y me calme. Todas las noches lo mismo, empiezo a sudar, siento el calor, no veo nada y empiezo a ahogarme. Todas las noches vuelvo al mismo día, al mismo atardecer. Revivo el momento antes de entrar, la desesperación, los gritos, la respiración agitada, ese brevísimo instante en el que no hay tiempo para pensar. Pero que en el sueño se hace largo. Marta me llama, mi bebé llora, Fifi corre como loca por el patio de la casa, que en ese momento parece estar muy cerca, y de pronto estoy en el patio de mi casa y con la carnicería en frente... Años de lucha, pienso en mi papá, veo sus manos manchadas que me toman de las orejas y luego llora, llora muchísimo, sin parar. Todo esto en un segundo, luego decido correr y entrar, con el miedo metido entre el culo, pero seguro de lo que voy a hacer... Así todas las noches. Todas las noches mi carnicería se quema, Enrique. Se quema igual como el sol se oculta. Y yo entro por usted... pero no logro salir. ¿Por qué lo hizo? Siempre me lo pregunto. ¿Por qué?

Enrique: Es sólo un sueño, Chen. Sólo una pesadilla, como las mías. Lo que deberíamos hacer es lavar estas gabachas, talvez así durmamos mejor.

Chen: ¿Qué tiene que ver una gabacha con todo esto?

Enrique: No sé.

Chen: Deje de hacerse el tonto. Sólo dígame. ¿Por qué? Entienda que ya no importa, ya nada importa, sólo la carne y que terminemos esta eterna jornada. Pero dígame. ¿Por qué?

Enrique: No sé qué decirle.

Silencio.

Chen: Está bien, no me diga nada, quédese en su mundo, pero no me saque del mío.

Enrique: Chen, quiero que sepa que yo no estoy loco. Tengo todo muy claro en mi cabeza, sé quien soy, donde vivo. No estoy loco, de eso estoy seguro.

Chen: Yo no creo que lo esté. Creo que se hace el loco para evadir la realidad.

Enrique: Ojalá pudiera evadir la realidad. Pero me atormenta todos los días.

Chen: Usted piensa que tiene las cosas claras, pero no es así... usted... no, mentira, sí es así, usted tiene todo muy claro, yo soy el único baboso aquí.

Largo silencio.

Enrique: Ya todo esto está listo. ¿Dónde lo pongo?

Chen: Acomódelo bien bonito y lo pone aquí abajo. Siga con las chuletas.

Silencio.

Enrique: Chen.

Chen: ¿Qué?

Enrique: Es que... yo... a mi... me cuesta mucho trabajar así.

Chen: ¿Así cómo?

Enrique: Así.

Chen: ¿Cómo?

Enrique: Así, con ese espejo ahí. No lo soporto, me perturba, no lo soporto. Lo voy a quitar.

Chen: ¡Usted no va a quitar nada! Ese espejo me lo regaló Marta y se queda ahí.

Enrique: Lo podemos poner en otro lado, pero no ahí. Es que de verdad no puedo trabajar así.

Chen: No me importa si puede trabajar o no. Hace tiempo que asumí esta labor solo. Y recuerde que aquí el que tiene derecho a pedir lo que sea soy yo y usted si fuera más hombrecito me haría caso.

Enrique: Pero entienda, yo me estoy esforzando para trabajar en esto. ¿Por qué demonios no me puede ayudar un poco?

Chen: ¡Por qué usted no me ayuda a mí mejor! No, tiene que pensar y entender y recordar y llorar y perder tiempo. Yo voy a tener paz cuando termine con esta carne. Estoy seguro de que así será. Pero usted va a seguir aquí. Es como la historia de la gallina: yo soy la gallina y estoy haciendo un queque...

Enrique: Porque para usted es fácil.

Chen: Nada es fácil, en la vida nada es fácil y menos después.

Enrique: Para usted es fácil coger el cuchillo y despedazar un pedazo de carne. Para mí no.

Chen: Ya va empezar a hablarme de los terneros, Panchito y Julanito.

Enrique: ¡No estoy hablando de ningún puto ternero! Le estoy hablando de mí. De Enrique, al que no quiere escuchar; del solterón al que ninguna novia le dura. De ése le estoy hablando. Estoy cansado de gritar por dentro. Estoy enfermo, me duele el pensamiento. No puedo dormir, no puedo comer, no puedo trabajar, no puedo tener una cita, no puedo vivir porque tengo una mierda en la cabeza que no me deja en paz.

Silencio.

Enrique: Cada vez que parto un pedazo de carne los oigo. Cada vez que pongo un pie en esta carnicería siento como tiemblan. Es horrible mirar los terneros frente a mi casa y sentir que mi cabeza explota; escucho como chillan, como mugen pidiendo ayuda. Suplican que no los maten, quieren regresar al campo. Cuando sueño me miran y es como si me mirara al espejo, tienen mis ojos y me odian. Es como si deseara matarme a mí mismo. Y así todos los días, a toda hora, a veces menos y a veces más. Todo el día. Al principio era algo insignificante, un chillido de repente y yo con catorce años simplemente me hacía el loco, total me pasaba una vez perdida, pero conforme fui creciendo empezaron a ser más frecuentes y empecé a vivir así, acostumbrado a nunca tener silencio; pero últimamente ha aumentado

demasiado. Desde que Don Eladio trajo esos terneros no puedo hacer nada, nada que tenga que ver con vacas ni carne, nada sin sentir que me comen la cabeza. Estoy harto de sentir que estoy loco. ¿Usted puede imaginar lo que es eso? ¿Y qué me queda? Venir a trabajar, con el espíritu hecho mierda, sin cabeza para nada, deseando silencio, sólo silencio, y cada corte es un grito, un chillido. No puedo llevarme un pedazo de carne a la boca sin sentir que me vomito, quisiera que nadie los masticara. Escucho como los huesos se parten y el dolor es insoportable, yo me sostengo, me mantengo en pie para no revolcarme en el piso, pero cuesta tanto disimular cuando uno siente que se destroza por dentro. Yo no sé por qué de repente me cayó esta maldición, es como una maldición, como si Dios hubiera decidido castigarme por haberme hecho carnicero. Yo ni siquiera lo decidí, mi tata me mandó para acá, yo era un carajillo, no lo decidí, no es mi culpa, sólo le hice caso a mi papá. No puedo más, Chen, no puedo más...

Chen lo mira, se acerca.

Chen: Por eso lo hizo.

Enrique se aleja.

Enrique: ¡Yo no hice nada! Sólo quiero irme de aquí, pero cada vez que trato, cada vez que me paro en esa puta puerta me congelo. No puedo ver nada más allá de la puerta, todo desaparece y no sé por qué. Cuando usted me habla de la gente de repente la veo, hasta la escucho, pero cada vez que pienso en irme o trato de hacerlo siento que me desmayo. Siento que no tengo adonde ir, se me eriza el pelo y ahí me quedo.

Chen: Es porque de verdad no tiene a donde ir. No puede.

Enrique: Este lugar lo único que hace es alormentarme. A todo lado que miro está lleno de sangre, de carne muerta, yo no quiero estar aquí.

Chen: Yo tampoco.

Enrique: ¿Por qué me tuvo que pasar esto?

Chen: No piense más. Sólo hágame caso, tenemos que terminar de alistar esta carne para las fiestas, yo sé que le duele, pero va a dejar de doler, estoy seguro. Ayúdeme y muy pronto los dos vamos a salir de aquí.

Enrique: ¿Usted cree?

Chen: Sí. Sólo hay que terminar con esto y vamos a lograr salir de aquí, los dos.

Enrique: Ya me siento un poco mejor. Necesitaba hablar.

Silencio.

Enrique: Talvez mañana no voy a la finca de Carlillos.

Chen: Sí, talvez.

Enrique: Así aprovecho y veo a la cocinera.

Chen: Sí.

Enrique: Pero no creo que ella quiera verme.

Chen: ¿Por qué dice eso?

Enrique: Porque estoy loco.

Chen: No es cierto.

Enrique: Por eso no me duran las novias. Porque no puedo estar ni siquiera una tarde en paz, paso en otro mundo. Realmente necesito alguien que me abrace de vez en cuando. Vivo deseando que la chiquilla ésa me diga "hola" por lo menos, pero nunca ni una mirada. Si esa chiquilla supiera lo feliz que me haría que me saludara, talvez por un momento desaparecería esta maldición, pasaría soñando con ella toda la noche, dejaría de tener pesadillas, podría dormir en las nubes, y talvez hasta de verdad me aliviaría. Imagínese yo saliendo de aquí y ella esperándome en el parque con las amiguillas y donde yo llego las amiguillas salen corriendo, pero disimuladamente, y la dejan sola. Entonces yo me acerco, la saludo, me siento y hablamos y hablamos hasta que me animo a darle un beso y después camino con ella hasta su casa, bueno, hasta cerca de la casa porque si el tata me ve, me mata. Pero no, eso no es posible con esta mierda en la cabeza. No hay nadie que me pueda ayudar, que entienda lo que me pasa, que haga que por lo menos no me sienta tan solo. Me siento feo, tonto y loco porque ella ni me alza a ver.

Chen: Ya, deje estar atormentándose, usted no es feo, ni tonto. Es que esa carajilla es medio ciega.

Enrique: No, yo sé cómo me ve la gente.

Chen: Y además, para qué quiere enamorarse. Va a terminar sufriendo.

Enrique: No es cierto.

Chen: Sí lo es, como en la novela ésa que están dando. Los carajillos se conocen, se enamoran, pero después él se tiene que ir a México y los dos quedan hechos mier-

da. ¿Eso quiere que le pase a usted? Y cuando pasa en la vida real es peor.

Enrique: No creo. Usted es feliz con Marta.

Chen: Ya, Enrique, vea, no tiene caso seguir con el tema.

Enrique: Claro, como no es usted...

Chen: ¡Qué tiene que ver si es conmigo o no! Nada de eso va a pasar, sabemos que la cocinerita ni siquiera va a venir.

Enrique: Para usted todo es fácil, vive tranquilo, tiene a Marta, a Clarita, hasta tiene una buena mascota. Y además le gusta su trabajo.

Chen: No es el momento para hablar de cómo era mi vida.

Enrique: ¿Por qué? ¿No le gusta ver como su vida es mil veces mejor que la mía?

Chen: ¡Ya basta, Enrique! No importa cómo demonios era mi vida. ¡Ya no tengo nada! Sólo esta condena eterna.

Silencio.

Chen: ¿Y por qué se enoja conmigo?

Enrique: Porque usted me quita el poco de ilusión que puede darme la cocinerita.

Chen: Yo no le he quitado nada, usted me quitó todo a mí, todo. ¡Nadie a va venir!

Enrique: Sí.

Chen: ¡¡No!! Yo lo dije por soñar un rato. Despierte de una buena vez. Ya que habló, despierte también. Sí, a mí también me gusta inventarme historias e imaginar que la gente nos ve, que van a venir, fingir que podemos salir de este hueco a tomarnos una cervecita, pero todo tiene su límite.

Silencio.

Chen: Ya, deje de ser tan pesimista, trate de trabajar y reírse, ver a la gente. Soñar... soñar, Enrique. Y pronto todo va a pasar. Vea, vea, ya salió la misa. ¡Pero si hoy había bendición! No me acordaba, vea a Susanita donde lleva a la perrita para que la bendigan. ¿Cómo era que se llamaba...? Ah, sí, Mimí. ¡Qué linda!

Enrique: ¡Ya!

Silencio.

Chen: Ellos no nos ven.

Enrique: Sí nos ven.

Chen: Pasan de largo.

Enrique: Nos saludan todos los días.

Chen: La vida sigue igual para ellos.

Enrique: La misa no había salido, por eso no habían venido.

Chen: Ya nos olvidaron.

Enrique: Ahorita van a venir.

Chen: Miran la carnicería y sólo ven cenizas.

Enrique: ¿Qué cenizas?

Chen: Las que están por todos lados, las que se me meten en las heridas.

Enrique: Es porque todo está sucio.

Chen: No, es carbón, es la madera después de arder.

Enrique: Tenemos que limpiar.

Chen: No basta con limpiar. Odio no poder salir de este maldito sábado.

Enrique: Lavemos las gabachas.

Chen: Nuestras gabachas ya no están.

Enrique: Sí están, pero están llenas de sangre podrida. No la soporto.

Chen: Están carbonizadas, igual que nuestros cuerpos.

Enrique: La siento, puedo oler la sangre.

Chen: Yo puedo oler la carne despellejándose.

Enrique: ¡Chillan demasiado! No puedo más.

Chen: ¡Yo no puedo más!

Enrique: Voy en el camión. Me van a matar.

Chen: Todo el esfuerzo de una vida se esfumó en una sola tarde.

Enrique: Usted me va a matar.

Chen: Yo entré a sacarlo.

Enrique: No podía caminar, me dolía demasiado la cabeza.

Chen: Pensé que podía salvarlo. Y entonces no importaba perder la carnicería, no importaba nada, sólo usted, Enrique. Puede tan siquiera imaginar lo que fue para mí ver como mi carnicería se quemaba. ¡Mi carnicería! La carnicería de mi tata...

Enrique: Chen, yo no...

Chen: ...lo que él me dejó, lo que me dio de comer, lo que ahora daba de comer a mi familia, todo vuelto humo, cenizas. Qué iba a hacer ahora, qué iba hacer de mi vida. ¿No pensó en mí? ¿No vio mi cara en su cabeza mientras destruía el esfuerzo de toda mi vida? En segundos pude odiarlo tanto, Enrique, tanto. Y aún así entré a buscarlo. Quería sacarlo, aunque fuera para matarlo con mis propias manos. De por sí, ya nada importaba, ni siquiera yo, sólo usted, Enrique, sólo usted.

Silencio.

Enrique: Estaba atardeciendo. Cerramos. Había sido el día más insoportable de todos, igual al de hoy. Había tratado de hablar con usted, de contarle que me sentía muy mal, pero usted no me escuchó, no tenía tiempo. Yo no podía caminar, sentía que me desmayaba. Era como no tener cabeza, ni siquiera podía escucharme a mí mismo. La gente me miraba raro y yo apenas podía verlos, eran como manchas a mi alrededor. Me tambaleaba, me dolía el alma, no sentía el pensamiento. Miré el sol, la tarde se iba. Y me topé a los terneros... estaban

raros, quién sabe qué les habían hecho los duendes... querían comerme, sus ojos eran mis ojos y estaban rojos, las babas les caían al suelo y querían comerme. Las patas empezaron a movérselas de forma extraña y pensé que era otro de mis sueños, pensé que estaba en mi casa, en mi cama, soñando de nuevo. Pero no, era real, los terneros que antes parecían quererme ahora estaban a punto de matarme. Quise detenerlos con mis manos y entonces sentí su piel... No era como antes, no tenía pelo, la piel estaba fría, roja, pegajosa, con sangre, atravesada con un gancho... Entonces corrí, pero sentía que me seguían, los terneros en carne viva corrían atrás mío. Llegué a la carnicería y me encerré. Ya no los veía, pero sabía que iban a venir. Quería terminar con todo de una vez, que se acabaran los sueños, que se acabaran las voces, los chillidos, los gritos, y empecé a golpear la cámara de atrás con un gancho hasta que logré que explotara. Yo sólo quería que se acabara todo. Me dolía tanto la piel. No pude más, Chen. Perdón, Chen. No pude más. Perdóneme.

Chen: Enrique...

Enrique: Hace frío... Hay demasiado silencio... ¡Al fin silencio!

Chen: ¡Enrique! Lo voy a sacar, no se preocupe, vamos a salir los dos de aquí. Lo voy a sacar, Enrique. ¡No me deje solo! Hay demasiado silencio.

Al Fin.

Kyle Boza

EL LARGO ADIOS